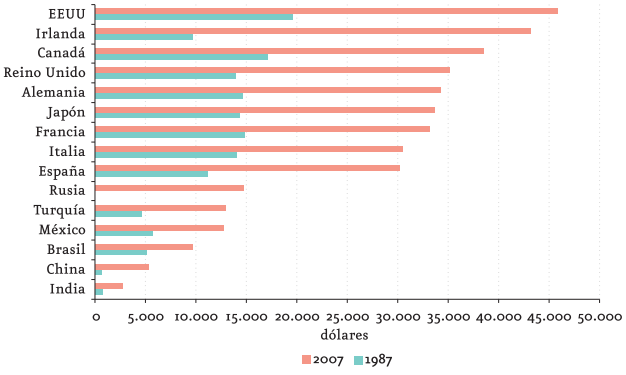
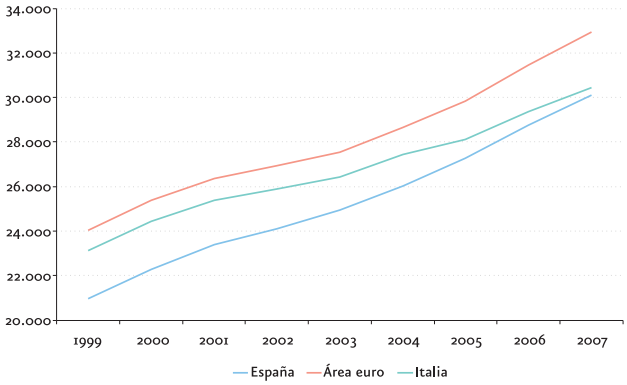
La productividad,
una pieza clave en el puzle del bienestar

Departamento de Análisis de Afi

PIB per cápita (dólares corrientes en PPA)





Fuente: *FMI*.

Una cosa es crecer y otra bien distinta es hacerlo de forma equilibrada y garantizando el bienestar futuro de la población. Cuando se desgranan las secuelas que nos dejará la crisis económica actual, además de una reducción significativa en el nivel de producción agregada que tardaremos en restaurar, se señala el deterioro de los cimientos que garantizan el crecimiento económico a medio plazo, que, a menudo, se interpreta como un menor valor de la producción potencial a futuro, como principal handicap de la recuperación y la disminución de los estándares de bienestar ciudadano como una de sus principales consecuencias.

Al margen de la radiografía que describan de ahora en adelante los indicadores más específicos de calidad de vida -riesgo de pobreza o desigualdad en la distribución de los ingresos-, la visión que nos aporte uno de dimensión más global, pero no exento de significado a la hora de cuantificar el bienestar de la población, resultará clave: la del PIB por habitante.

En más de una ocasión, hemos puesto de manifiesto lo que ha supuesto para la economía española el haber crecido a un ritmo medio superior al 3,8% anual durante la última década: mantener su participación en la producción mundial, en un contexto de injerencia creciente de las economías emergentes y convertirse en la cuarta mayor economía del área euro. Además le ha permitido avanzar en el proceso de convergencia con la media del área euro en la evolución del PIB por habitante. A finales de la década de los noventa, en España, esta ratio se situaba en 20.946 dólares, frente a los 24.040 de la media europea (un 87% de la misma). En 2007, la brecha se había reducido al 91% y era prácticamente inexistente cuando la comparativa se establecía con Italia. Este comportamiento gana relevancia si se enmarca en un horizonte temporal en el que la entrada de población inmigrante consiguió paliar los efectos regresivos de la dinámica natural y la población española se incrementó en algo más de cinco millones de personas.

En los próximos años, es muy previsible asistir a una interrupción o, incluso, retroceso en la senda de equiparación del bienestar de la población española con el de la media europea. Basta con aislar el comportamiento de la población y analizar las implicaciones que se derivan de un escenario de recuperación divergente y más favorable para el área euro. Sin el apoyo de la población inmigrante con el que contamos en los años previos, las ganancias de crecimiento por aumento de la población son mínimas. La idiosincrasia de la propia crisis ha definido el ajuste en el que se halla inmerso el mercado de trabajo como un ajuste en cantidades y apenas en precios, y recuperar el empleo perdido no va a ser asunto de un día. La ecuación la completa un tercer factor, que liga población y empleo con producción final: la productividad del factor trabajo. He aquí el quid de la cuestión: sólo incrementando la productividad, sin olvidar que existe una tarea pendiente con el empleo, podrá la economía española librar la batalla del crecimiento garante de bienestar futuro. No más demoras en esta dirección, por favor ::